

Apuntes de mayo

Nulla riposa della vita come la vita.

Umberto Saba

I. Intentar el poema

Para olvidar los días enemigos,
con unos restos de alegría
me aferro a la vida.
Pienso en los que me la hicieron buena
en algunos pocos, pero muy luminosos,
trechos del viaje.
Pienso en los idos
y los veo caminar
entre los vericuetos del jardín,
mientras florecen los naranjos de Lisboa.
Con los vivos comparto
este desasosiego, una esperanza,
la ausencia de adjetivos,
el sol, la luna nueva,
esta tarde con nubes
y las palabras
para intentar el poema.

II. Última llamada

Nos despedimos otra vez
—hemos pasado la mitad de la vida
diciéndonos adiós—

y en el aeropuerto
seguí con los ojos
tus pasos
entre los tantos pasos
de la corriente humana
ensimismada en los adioses.

El amor circula por senderos escondidos,
entre la maraña de los olvidos, las voces,
las suaves compasiones, los silencios.

Se aletarga y, de repente,
una vieja canción
va a despertarlo.

Al decirte adiós
te amo con una ternura
un poco desesperada,
un dramatismo contenido
—a mi edad, otra cosa
sería lamentable—

y una esperanza
tan vacilante
como el ademán
con que nos dejamos
frente al recelo incontrolable
del aduanero.

Veo salir tu avión
y digo esos conjuros insignificantes
para la tecnología reluciente.

Regreso a casa
para saludar con cortesía
a una nueva soledad,
abrir con cuidado
otra desesperanza
y sentir la fragilidad de la tarde.

Ya no quiero luchar.

Bajo la cabeza
y abro los brazos
para que nada estorbe
al implacable tajo.

Esto, todo esto, Dios mío,
no me quejo, pero no es
como lo soñamos.

III. La ausencia

Pasada la media noche en toda mi vida.

Odiseas Elytis

Para Francisco Torres

Hay en esta ausencia
un resplandor extraño
un rumor de sedas antiguas,
de hojas secas,
el aroma del jazminero
bajo la mirada de la luna
de principios de mayo.
Es como el cielo
de este mes imprevisible
con los suntuosos soles
del mediodía
y las nubes negras
al llegar la tarde.

Hay en esta ausencia
una ráfaga fría,
pero también algo cálido,
algo iluminado por el rescoldo
que con el viento oportuno
será fuego nuevamente,
una súbita flama
vencida en un segundo.

Sabemos que esto
no puede durar mucho más
y por eso las tardes
empiezan a prolongar su luz
y, con secreta ironía,
nos hacen creer
que los días son más largos.

Pero en esta ausencia
y en las que vendrán después
y en la ausencia total

estarán los otros,
los seres amados
con sus días de risas
y su esperanza frágil.

Los nuevos encontrarán
en las ausencias
la misma ambigüedad,
el resplandor extraño,
el frío penetrante
y ese calor de cosa humana
que se desprende de cuerpos
que han sido, son y serán
aunque ya no sean los nuestros.

Nadie nos engañó.
Desde siempre supimos
que esto nos pasa
por haber nacido.
Sin solemnizar nada,
juntemos las manos
con los que vendrán después
y que nos gane la risa
por el tiempo...

IV. Pensando en Rubén Darío

Para Stavroula, amiga nuestra

Una casa llena de pájaros y macetas,
una ciudad estremecida por los relámpagos
y sumisa bajo los innumerables dedos de la lluvia.
Los veintidós años con su penacho de fuego
y, frente a los ojos, todas las noches por venir
con los cuerpos de ámbar bajo la luna
y el ruido de la fiesta entre los eucaliptos:
besos, juramentos, deseos brillando en la sombra
y reflejándose en las estrellas.



La Venus azteca,
José Luis Cuevas

Todo era nuestro y obedecía a nuestra voz
—y si no era así, estábamos dispuestos
a fingir que así era—.

Los sueños modelaban la vida
y la vida era más fuerte que la esperanza.
Era y en eso consistía su poder.

Lo demás eran miedos de los mayores,
piedras invisibles a la mitad
del camino impecable.

Éramos insolentemente felices
y no estábamos dispuestos a dejar de serlo.

Por eso la ciudad crecía con las lluvias
y cada madrugada era como el primer día del mundo,
un resplandor tal vez de oro
tan poderoso como el del ocaso.

Así los días eran un arco perfecto
y nuestra vida se iluminaba
con las amanecidas
y los crepúsculos.

Hugo Gutiérrez Vega